

á entender que tu resolucion es irrevocable, á lo ménos por ahora; y aunque me afliges mucho, no intente persuadirte; solo te pido el plazo de un mes.

—Para qué? preguntó Jaime.

—Vas á saberlo. Hará cosa de quince dias que me encontré unos ojos negros, cuyas miradas encendieran toda la sangre de mi cuerpo. Debajo de los ojos habia una boca que convidaba á las más ardientes delicias; debajo de la boca habia un tallo voluptuoso; y sobre todo estaba un cabello magnifico y unas cejas espléndidas. En fin, imaginábase una mujer abrasadora. Detras de ella habia una buena fortuna, y una grande influencia. La he visto, y la adoro con todo el fuego de mis sentidos. No ha sido insensible ni á los encantos de mi persona, ni á los atractivos de mi capital: el amor y el cálculo han tejido esta red; ambos hemos caído en ella, y vamos á casarnos. Quieres ser testigo de mi boda?

—No, replicó resueltamente Jaime. Esa boda pertenece á un mundo del cual me he despedido formalmente.

Miguel dijo:

—He querido responder á tu invitacion con la mia, y tú pagas mi negativa con la tuya; quiere decir que á lo ménos vamos á separarnos en paz.

—Así es, dijo Jaime levantándose. La fortuna es loca, la opulencia bastia, y los placeres se acaban; si alguna vez necesitas el corazón de un amigo, encontraras el mio.

—Precisamente pensaba yo todo lo contrario: el trabajo cansa, la oscuridad de sespera, y la virtud molesta. Si alguna vez piensas resucitar, no lo dudes, siempre encontraras abierto mi bolsillo.

—Adios! exclamó Jaime levantándose y tendiéndole la mano.

—No, no... dijo Miguel, abracémonos.

—Sí, añadió Jaime; abracémonos, porque siento mucha pena al abandonarte.

—Lo creo; pero no es menor mi sentimiento. Siempre tuve de tu juicio una alta idea; mas veo que estás loco.

—No he desocho nunca tu talento, replicó Jaime; pero qué quieres! me despidas de ti hoy intimamente convencido de que eres tonto.

Los dos amigos se abrazaron estrechamente; al fin se desprendieron de aquel abrazo interminable, y se separaron.

Cuando Miguel se vió solo, arrojó colérico el cigarro contra la chimenea, diciendo, mientras se limpiaba los ojos:

—Maldito tabaco. ¡Pues no me ha hecho llorar el humo?

Jaime bajó la escalera lentamente, y restregándose los párpados, decía:

—Bah. ¡Estos pañuelos de algodón hacen saltar las lágrimas.

(Continuará.)

OBITUARIO.

Oremos por las almas de los que han muerto en la fe del Señor.

NOVIEMBRE DE 1873.

- 2 Liboria Acavedo de Neira.
- 2 Evaristo Forero.
- 5 Anastasio Nieto.
- 7 Mercedes Montoya.
- 11 Benjamin Nieto.
- 16 Rafael Romero Santander.
- 17 El presbítero doctor Rafael Vergara y Vergara.
- 21 Dorotea Cabrera.
- 25 Belen Franco.
- 27 Florantina Ardila.
- 28 Ana María García Pérez.
- 29 Indalecio Sánchez.
- 30 Gavino Liévano.

Y ciento un cadáveres más sepultados en ambos cementerios.

Dulcísimo JESUS, ten piedad de las almas de éstos, y de las de todos los fieles difuntos!

Anuncios.

PLACERES ESPIRITUALES DEL MES DE DICIEMBRE.—Con este título acaba de publicarse un librito en edición correcta y esmerada, en que se hallan recopilados los principales ejercicios y devociones que usan los católicos en el santo tiempo del Adviento, para honrar el nacimiento del Salvador del mundo y la Inmaculada Concepcion de María.

El editor se ha propuesto reunir en un solo volumen de pequeñas dimensiones los principales devociones populares, que andan dispersas en ediciones diferentes, casi todas incorrectas y plagadas de graves defectos, procurando corregirlos, aunque sin alterar en lo sustancial las oraciones, meditaciones, versos, &c. y ha agregado algunas composiciones poéticas que, aunque no tienen el carácter de devoción, contribuyen á amenazar el libro.

El ilustrísimo señor Arzobispo ha aprobado este trabajo en que los fieles hallarán abundante pasto para ejercitar su piedad en el alegre tiempo de Diciembre.

El mismo Prelado se ha dignado, además, conceder una indulgencia, que se expresa en la página 1.ª á los que practiquen estos ejercicios.

Se vende en las tiendas de los señores Manuel Pombo y Justo Pastor Lozada á 6 reales cada ejemplar en pasta.

IMPRENTA DE EL TRADICIONISTA.

Sala 3  
113 49  
p. 448  
21/12  
2/1

La Caridad

CORREO DE LAS ALDEAS

LIBRO DE LA FAMILIA CRISTIANA

Charitas alii blanda, alii severa, nulli inimica, omnibus mater.

COLEGIO OSPINA

DESEANDO evitar quejas, que serian hasta cierto punto justas, si en la relacion de los certámenes que en el mes último han presentado los alumnos de los colegios y casas de educacion de la ciudad, llegáramos á omitir alguno por olvido, no hemos querido escribir sobre ellos. Sumamente complacidos por los progresos de la juventud, reuniremos en una palabra sola la justicia que se merecen todos los colegios, diciendo que en estos dias se ha celebrado la verdadera fiesta de la Patria.

Pero haremos una excepcion motivada respecto del colegio que lleva el nombre que escribimos al principio de estas líneas.

Hemos leído la sentida queja con que el señor Sebastian Ospina terminó su discurso de clausura de los cursos del presente año, y que publica *El Tradicionista*.

Dico así:

“A solicitud de algunas personas se abrieron en el corriente año en el colegio algunas clases de facultad mayor; pensábamos continuar con ellas y establecer la enseñanza de todos los cursos de jurisprudencia, creyendo prestar con esto un servicio al país, por ser muy generalmente sentida la necesidad de libertar la enseñanza su-

perior de la influencia de doctrinas contrarias á las creencias religiosas de muchos padres de familia, doctrinas impuestas al país por medio de la instruccion gratuita sostenida con los caudales de la Nación. Pero se me acusa por algunos, que debieran en esta causa de interes comun apoyarnos y defendernos, de ser incompetente por ser demasiado jóven y poco conocido en el país, para dirigir esta enseñanza. No hay para qué ni tengo por qué defenderme de estos cargos. Convencido de mi incompetencia, y movido únicamente por el deseo de prestar un servicio, no he tomado en cuenta la edad para el cumplimiento de mis deberes como miembro de una sociedad civilizada. ¿Que soy poco conocido en el país! no he de serlo! ¿niño aún no me ví obligado á buscar una Patria adoptiva, porque en la tierra en que habia nacido no habia para nosotros sino ultrajes y opresion? Sin talento y sin méritos, sólo he alcanzado á dejar por mi laboriosidad y honradez un nombre honorable en los países en que he vivido. Y aunque esta es la única recomendacion que puedo presentar á los padres de familia que quieran honrarme con su confianza, al ménos puedo asegurarles que, un hombre como yo, formado en la escuela del deber y del terrible sacrificio, no encuentra en la satisfaccion de viles

3893

103

pasiones el cumplimiento de su destino, ni busca el camino de la gloria fuera del sendero trazado por el deber y la abnegación. Pero si creo que el nombre del caballero asociado conmigo en la dirección, y los de los distinguidos profesores que con tanta generosidad y tanto empeño trabajan en la misma obra, son una garantía suficiente."

Si es doloroso ver que ni el bien pueda practicarse en ciertas épocas en la sociedad, es forzoso reflexionar también que en el vencimiento de las contradicciones está el mayor mérito de la obra.

El señor Ospina trae en su abono, al presentarse en su ciudad nativa, que abandonó de niño y que apenas conoce, el brillo que refleja sobre él la sombra venerable de su padre; hombre que, esclavo del deber, supo infundir en los suyos sus soberas máximas y que, conociendo lo que vale una inteligencia cultivada, supo educar a sus hijos esmeradamente.

Joven es el señor Ospina ciertamente, pero posee los conocimientos necesarios y la experiencia adquirida al lado de su padre en su institución de enseñanza en Guatemala, y el brío que da esa misma edad, y el entusiasmo y decisión que inspiran la causa del principio católico, y además, como el mismo lo indica, prestan suficiente garantía para la próspera marcha del colegio los profesores que con tanto empeño trabajan acompañándolo en la obra de la educación de la juventud.

Ni César, ni Napoleón ni Bolívar fueron Generales la víspera. Basta al hombre el trabajo y el genio, la constancia y ánimo resuelto a las penosas empresas. La fortuna, las más veces caprichosa, viene luego a coronar nuestros esfuerzos. El hombre que se detuviera en su marcha porque la edad no había empezado a argentar su cabeza, no sería digno de alcanzar ningún triunfo. Mucho debe prometer-

se de la experiencia que dan los años, pero estos sólo de nada sirven cuando faltan otras dotes al corazón y al entendimiento.

#### UN PUENTE COLGANTE.

AL SEÑOR TIMOTEO GUTIERREZ NIETO.

SIENTO un positivo placer al dirigirme a usted en esta ocasión, y voy a decirlo el por qué, valiéndome para ello de las columnas de LA CARIDAD. Y el por qué no es uno sólo, son dos: uno por ser usted hijo de Garagoa, pueblo del Departamento de Oriente, en el Estado (permítame usted la llaneza) soberano de Boyacá, que brilla cuntableante entre mis recuerdos de antaño; y otro por haber usted construido, sin los ringoragos de ingeniero civil, el segundo de los cuatro puentes colgantes que tenemos hasta la fecha, y por estar construyendo ahora el quinto; éste y el segundo sobre la impetuosa corriente del Funza, que se despeña clamoroso y coronado de espumas para formar el Salto de Tequendamá; aquel seis cuartas arriba de las casas de la hacienda de Santa Rita, y éste en el paso de Tocaima, camino del sur: los otros dos están, el uno sobre el Sarabita en el paso de Simacota, y el otro entre Barichara y Guane.

El primer puente, como lo saben todos, fué construido por el señor David Mac Kormich, en Sube, sobre las soberbias ondas del río Suárez (usted me perdone) en el Estado soberano de Santander. Yo turo el atrevimiento de hacer una mala descripción de este puente, que vio la luz en *La República*.

Entonces olvidé mencionar una ocurrencia que tal vez no le parecerá a usted insignificante, señor don Timoteo.

Conversaba una tarde en ese puente de Sube con un hijo del citado Mac Kormich, a punto que el Sol se ponía, cuando llegaron dos pasajeros, de regular estatura, muy morenos, de poca barba y ojos expresivos.

Nos saludaron, y uno de ellos sacó un papel que puso respetuosamente en mis manos. Era un pasaporte que traían de Venezuela, en el cual se decía que eran árabes. Casi se hablaban el castellano, ni sabían el francés. En mal inglés nos refirieron su historia... tal vez una novela! Qué se yo!

Como nunca había oído hablar en árabe, les supliqué me hicieran el favor de decir algo. Entonces se arrodillaron en el puen-

te, se quitaron los sombreros, pusieron las manos, y cada uno de ellos recitó una devota oración... Las ondas estruendosas del río que golpeaban contra los altos muros de granito, formaban una solemne armonía, y el sol al velarse con las nubes rojas del ocaso, doraba con sus rayos las barandas del puente y la cruz de la capilla inmediata, proyectando la sombra de aquellos asiáticos que adoraban a Dios, en una lengua armónica y sonora que nos era desconocida.

Ahora conviene establecer una comparación; pues aunque dijo Cervantes que toda comparación es odiosa, bien se ve que él no hablaba de puentes, y menos de los colgantes, desconocidos en los tiempos del autor del Quijote.

El de Sube está suspendido entre los espantosos murallones de piedra por donde baja el río bramando enfurecido; el que usted ha construido en Santa Rita domina una bella escena de la Zona tórrida: árboles seculares que sirven de pedestal al Nevado; delicias empujadas de pasto de pará ó de guinea; aquí vacadas de ceba; allá grandes ingenios de caña de azúcar, flores diversas y pájaros cantores, y más lejos, por las montañas del Oriente, la corona de nieve del Santa Isabel.

La plataforma colgante del puente de Sube mide de largo 37 metros, y 2 metros 25 centímetros de ancho; la del puente de Santa Rita tiene 45 varas de longitud y 3 de anchura, con una diferencia bien notable: que éste presenta una superficie plana cubierta de asfalto, sobre la cual han bailado muchas parejas, y la de aquel tiene unos listones de hierro, atravesados, que estorban para correr y para andar aprisa.

Cada uno de los dos cables que suspenden el puente sobre el río Suárez se compone de 350 alambres; los del que cuelga sobre el Bogotá tienen 360.

Las puertas del de allá son muy bellas, de hierro, formando un enrejado que termina en lanzas; las del de acá son elegantes también, con rejas de madera y varillas de hierro.

Las barandas del puente de Santander son unas rejas de hierro pesadas y de mal gusto; las del de Cundinamarca son de madera, ligeras y elegantes.

En cuanto a lo que se cobra en uno y otro puente, están de acuerdo, se dan la mano: cinco centavos por persona y cinco por carga.

El costo del puente, en Santander, fué de seis mil pesos de ocho décimos, segun

me informaron. Aquí echan por copas, y no pude averiguar el gasto a punto fijo.

El puente de Santa Rita se construyó en diez y seis meses; el del Sube en menos de un año.

El centígrado marca de ordinario 20 grados en Sube y 28 en Santa Rita.

Voy a hablarle ahora de otro puente que hace apenas dos años y medio ha empezado a servir.

El estimable joven Miguel Fonseca, discípulo de los Padres jesuitas, con quienes vivió siete años en Guatemala, me llevó a la linda casa de campo que habita con su esposa, al pie del páramo de Santa Isabel, ó mejor dicho, al corazón de la montaña que está descunajando y rozando, y en la cual ha sembrado ya sesenta mil matas de café que están en flor. Para llegar a aquel nido de palomas tuvimos que pasar por el puente de Chicalá, acerca del cual (con su permiso) voy a decir dos palabras.

En medio del Bogotá descuella un pedregón altísimo. Es un estribo de piedras botado allí por la mano de Dios. Calcule usted, señor don Timoteo, si será sólido y durable. Construidas dos fuertes paredes de calicanto a uno y a otro lado, levantaron sobre aquella piedra otra muralla, y sobre tan enorme columna pusieron una especie de cornisa de vigones formidables, atravesados en cruz. Sobre esto descansan vigas de veinte y cinco varas de largo, que dan a la plataforma más de cuarenta de longitud.

El puente es muy ancho, con sus barandones toscos de madera, y sobre la ancha piedra que digo, alza sus brazos una gran cruz de madera que saludan los pasajeros quitándose el sombrero. Cuando pasé por allí, al rayar la aurora, gorjeaban innumerables pajarillos, sonreía el Oriente, y los árboles frondosos se remecían con el soplo del viento, impregnado de gratísimos olores, y las aves, y los cielos y las flores parecían decir a mi corazón: ¡Salve, santa Cruz, redentora del mundo!

Y no me despediré ahora de usted repitiendo lo que me dijo cierta vez, un labriego que me acompañaba en un fragoso camino: "hasta aquí fui vaquiano," no; voy a ver si antes de soltar la pluma puedo amenizar esta relación tan pesada refiriéndolo un cuentecillo.

Acababa el Padre capuchino fray Domingo Petres (y digan que los frailes son inútiles) ayudado del maestro Leon, de dar la última mano a la catedral de Bogotá, que había quedado hermosa, aunque con algunos